

REVISTA AZUL

TOMO III.

MÉXICO, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1895.

NUM. 20.

PELAYO—HIDALGO



HN azar—el azar es el seudónimo de Dios cuando no quiere firmar sus obras, ha dicho alguien—ha unido en breve término, como compenetrándose, como hermanándose, el aniversario de dos fechas imborrables en las páginas de éstas que llamó un día la historia las dos Españas: Covadonga y Dolores.

Hemos asistido á las fiestas de la unidad de un pueblo y vamos á celebrar las de la emancipación de otro: de aquellas conservamos, á modo del perfume acre de lejanas montañas, el eco vibrante de los cantos éuscaros, la doliente voz de la gaita, el armonioso plañido de la vihuela, como parvadas de aves, como atenuaciones de un mismo color, como dispersos rayos de un solo foco; de éstas nos aprestamos á absorber la bocanada tibia de las selvas tropicales, las frescas salpicaduras de las corrientes de agua, los átomos danzantes de un sol cárdeno que ha bajado á calmar su sed en la superficie de los lagos.

De allá, de las altas montañas, de los hoscos picachos, de las abruptas peñas, como avalancha, como piedra que se desprende de un ventisquero, bajaron los nostálgicos de las verdes praderas y de los rientes valles, los que llevaron á las cavernas la idea de la patria y lucharon con el oso á brazo partido, hasta sofocarlo. En lo alto, primero como nubecilla de choza lindando

con los cielos, después como arroyuelo formado por el deshielo, como talud que salta y se precipita locamente en el vacío, descendieron..... en vuelo poderoso, en ráfaga desbordante, llenaron los desfiladeros, rebosaron las gargantas, y de arriba, como lluvia fecundante, cayeron sobre los punzadores minarettes, sobre losafiligranados alminares, en espumoso torrente, en inundación desbordante.

Pelayo era el oso: salió de su guarida acosado por la nieve del invierno, del helado invierno de las almas; iba en busca del cazador que lo había relegado á la montaña; sabía los caminos ocultos, las tortuosas veredas, los arriesgados pasos. Sus pisadas iban marcando huellas profundas en la nieve endurecida, y en cada hendidura dejaba gotas de sangre, de vieja herida, que teñía la capa blanca con su vivo carmín.

Pelayo era el oso; vieja hambre le acosa; acecha su presa, y en la alta noche, en la tiniebla del bosque, sueña con la virgen cristiana prisionera tras las doradas *cancelas* del harém.

Y se arrastra sigilosamente, retiene el aliento, llama á negras bocazas, y la jauría se congrega.—Allí va en revuelto torbellino, en cuadriga fantástica, aguzando los filosos colmillos, haciendo chasquear las mandíbulas; allí va la banda alígora, atenaceando la endurecida tierra con sus garras, fosforescentes las miradas.

Hidalgo es el águila. Siente la necesidad de subir muy alto, de cernirse en la onda azul del